

Un gran milagro poco conocido

Siempre ha sido distintivo del filósofo cristiano el amor a la verdad. Precisamente por ello ha recogido y estudiado los datos que se le han ofrecido sobre el milagro: en el milagro ha visto un sello o signo del poder de Dios en testimonio de la verdad, en suma, un medio para descubrirla por el camino de una comprobación de hecho, que no se oponía, sino completaba, su investigación racional, entendida no como un juego malabar de entretenimiento, sino en toda su amplitud de camino a la verdad.

Por ello en Cosmología ha estudiado científicamente la naturaleza del milagro; en Historia ha conservado con cuidado los hechos como objeto de ulterior estudio.

Para contribuir con algo al tema del amor a la verdad, de que se ha hecho eco en su editorial este número de *ESPIRITU*, referiremos aquí uno de los milagros antiguos que además de maravilloso está bien atestiguado, aunque poco conocido.

Era la ciudad de Tipasa en el Africa proconsular, una ciudad próspera al empezar el siglo V de la era cristiana. A orillas del Mediterráneo, unos 90 kilómetros al O. del actual Argel, continuada hacia el S. por una extensa y fértil llanura, exportaba por su puerto los vinos y aceites que allí se producían. Como en toda el Africa septentrional, florecía en ella la civilización romana, hasta llegar a competir con la misma metrópoli.

Pero los que como San Agustín pulsaban el estado, espiritual así del pueblo, como el del Imperio, el del Oriente y el de Occidente, se daban cuenta de la catástrofe que amenazaba. El santo Obispo de Hipona, había pedido a Dios que, o no permitiera que su ciudad se viera invadida por los vándalos, o que él no viera tal desdicha. Y el Señor le concedió esto último, porque invadieron los vándalos a Hipona en el año 430, poco después de la muerte del Santo.

La ciudad de Tipasa, teatro de los sucesos que vamos a historiar, era profundamente cristiana, animando en ella, por tanto, la fe católico-romana (1). Durante la décima persecución alcanzó dos ilustres

(1) Dice la Enc. Espasa (T. 61, pp 1479 - 1480), respecto a esta ciudad: «Entró en ella con gran fuerza el Cristianismo, tanto, que ya del siglo III, se han descubierto allí lápidas sepulcrales con símbolos cristianos».

coronas en dos de sus hijos. Fué la primera, la de un soldado llamado Maximiliano, condenado por el juez Casio Dion, el 12 de marzo del 295, por haber arrojado el cinto militar, antes que reconocer la divinidad de los emperadores, como empezó por aquella fecha a exigir en el ejército Maximiliano Augusto; a la cual se siguieron los terribles decretos de su co-Augusto Diocleciano.

La otra victoria alcanzóla el 12 de febrero del 314, una matrona llamada Crispina, noble, hermosa y culta. En el interrogatorio mostró una fe acendrada, dejando confundido al juez por lo contundente de sus respuestas. Fué decapitada el 5 de diciembre del 304; la posteridad levantó una basílica sobre su tumba en el mismo siglo V (2).

* * *

Las hordas bárbaras conocidas con el nombre de vándalos eran un agregado de varios pueblos nórdicos, denominado por el principal de ellos, procedente de las orillas del Báltico. Iban animados por la avidez del botín; por eso fué el pillaje la característica de su migración. No eran vanos los presagios de San Agustín, pues, verdaderamente los vándalos cayeron como una nube de langosta sobre aquellas entonces florecientes ciudades africanas, con su rey Genserico al frente, y a la muerte de éste (a. 477), como sucesor, su hijo Hunerico.

Eran los vándalos, cuanto a su religión, cristianos, pero imbuidos del error arriano que les comunicaron los misioneros arrianos que les habían enviado algunos de los emperadores bizantinos. Como es propio de los herejes, también los vándalos exigieron irremisiblemente de los pueblos subyugados la adopción de su propia fe arriana. Sucedío lo que no podía menos de suceder, que los católicos firmemente convencidos de la verdad de su fe, les opusieron en este terreno una resistencia heroica.

Hallábanse un día los católicos, según parece en gran número, reunidos en el templo y mientras entonaban con gran fervor unas preces posiblemente en loor del Verbo Encarnado, presentóse un obispo arriano, que levantado el brazo, quiso imponerles silencio para poder arrengarlos a que adoptasen la fe arriana, haciéndoles promesas de que si lo hacían así, quedarían a salvo sus personas y sus bienes. Mas no cejaron los católicos, sino que para no parecer que cedían en la profesión de su fe, continuaron sus preces con mayor fuerza y entusiasmo.

Tuvo que desistir el arriano, que, corrido y chasqueado fué al punto a contarle lo sucedido al rey Hunerico. Este, con un furor, realmente bárbaro, mandó que les reuniesen a todos inmediatamente (San Víctor Vitense dice que en el foro) y que allí les cortasen a todos las manos y arrancasen a cercén la lengua.

Hizose lo mandado por Hunerico, pero oyeron atónitos los ejecu-

(2) Las actas de los entrambos reproducidas Giuseppe Ricciotti en «La Era de los Mártires», Ed. Luis de Caralt, 1955, pp. 46-51 y 112-115.

tores que los católicos continuaban pronunciando sin lengua aquellas divinas alabanzas.

Este hecho tan insólito y milagro estupendo, viene afirmado por el testimonio de testigos autorizados y de mayor excepción, que no relatan haberlo leído ni haberlo oído contar a otros; sino que han visto a estos insignes creyentes, los han oído hablar sin lengua y han comprobado por sí mismos que carecían completamente de ella. Es el primero y principal: San Víctor, Obispo de Vites, en su *Historia de Persecutione Africana sub Genserico et Hunerico Vandalarum regibus*, por su santidad, vindicada en *Acta Sanctorum, Augustus*, t. IV, páginas 628-632, su dignidad episcopal y ser coetáneo y conterráneo del lugar de los acontecimientos que describe. Viene reproducida en *Monumenta Germaniae Historica - Scriptores Antiquissimi*. Weidmann, Berlín, 1878, t. III, pars prior, pp. 87-88.

Síguese en importancia, por haberse convertido él mismo por éste, y otros milagros de aquella época en Africa: Eneas de Gaza. Su testimonio viene reproducido en Migne, P. G., t. 85, cols. 999-1002.

El tercero es San Gregorio Magno, el cual explica en sus «Diálogos», cómo él habló en Constantinopla con uno de éhos y da cuenta del caso. Migne. P. L., t. 77, cols. 295-297.

Por fin, el emperador Justiniano I, en el exordio de la *Lex I*, de su Código, lib. I, tit. XXVII, Migne P. L., t. 72, col. 1101.

* * *

Atendiendo a lo hasta aquí expuesto, no cabe duda razonable de la historicidad de un hecho histórico preternatural en sumo grado. ¿Qué fines se propuso Dios al realizarlo? San Gregorio en sus «Diálogos», lo atribuye a querer glorificar a su Verbo, su palabra eterna, dando facultad a los que se había pretendido hacer enmudecer en sus alabanzas, para continuar en ellas, aun privados de lengua, instrumento natural para articular palabras.

Manifestó también Dios querer compensar la caridad heroica de aquellos confesores, dándoles la facultad de hablar milagrosamente, frustrando la péruida intención de sus enemigos al querer privar a estos héroes del don de la palabra.

Por último, aquellos confesores que tuvieron que huir de su tierra esparciéndose por diversos lugares, fueron los mejores predicadores contra el arrianismo al contar las atrocidades de que habían sido víctimas, como lo dice el emperador Justiniano; combatiendo así a la herejía arriana con sus mismas armas y atajar con esto lo que dice San Jerónimo que «el mundo llegó a temer verse arriano» («Contra Luciferianos» c. III, Migne, P. L., t. XXII, col. 178, n. 191).

José MÚNERA, S. I.
San Cugat del Vallés (Barcelona).